

# EL FERVOR SESENTISTA: Sobre poesía y revolución en cuba

Roberto Fernández Retamar

*Nota previa a otra nota previa:*

La revista *Barataria* me ha solicitado un texto sobre la poesía cubana de la década del 60. Carente de tiempo para hacerlo, le envío un material que tiene más de treinta años, pero ha sido muy poco divulgado. Que yo sepa, sólo apareció en mi libro *Ensayo de otro mundo* (La Habana, Instituto del Libro, 1967; 2ª ed., Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969). Así que el lector de *Barataria* puede considerarlo como un material prácticamente desconocido.

A falta de inmediatez total, y del hecho obvio de que tres décadas después he variado naturalmente algunos criterios, en cambio las líneas de este pequeño ensayo expresan lo que pensaba sobre el tema cuando éste era actualidad candente.

Apenas es necesario aclarar que cuando sugiero tomar "el caso de uno de nosotros", estoy hablando de mí, aunque entonces preferí darle a mi experiencia individual un carácter más colectivo.

*Nota previa:*

Las páginas que siguen fueron escritas en julio de 1964, hace pues más de tres años. Deberían haber servido de introducción a una antología de poesía cubana que no llegó a publicarse. Como era previsible, tampoco la introducción se publicó, y ha permanecido inédita hasta hoy. En el tiempo transcurrido desde entonces, se han producido, por supuesto, enriquecimientos en nuestra poesía. Pero he preferido no reescribir aquellas notas -con el intento siempre vano de ponerlas al día-, sino hacerlas preceder de estas líneas.

En primer lugar, debo hacer ver que este prólogo se dirigía a un público no cubano: eso explica ciertas alusiones a hechos bien conocidos del lector nacional. En segundo lugar, se echarán de menos las menciones de los autores: este trabajo no pretendía ser una retahíla de nombres, sino una exposición de *problemas* en relación con el tema anunciado en el título. A esa exposición debían seguir los

nombres y las obras. Como aquí no es éste el caso, mencionaré algunos de esos nombres. Los compiladores de la antología-que-no-fue (además del firmante, Fayad Jamis y Heberto Padilla) no llegamos a precisar cuáles serían los incluidos; pero, nombres más o nombres menos, éstos se barajaban (que me perdonen esta metáfora elemental, que hace de poetas bastos, copas, oros y espadas): Rolando Escardó (1925-1960), Luis Marré (1929), Carlos Galindo (1929), Fayad Jamis (1930), Roberto Fernández Retamar (1930), Pablo Armando Fernández (1930), Roberto Branly (1930), José Martínez Matos (1930), Pedro de Oraá (1931), José A. Baragaño (1932-1962), Heberto Padilla (1932), César López (1932), Antón Arrufat (1935), Domingo Alfonso (1935), Luis Suardíaz (1936), Manuel Díaz Martínez (1936), Armando Álvarez Bravo (1938), Miguel Barnet (1940). En tercer lugar, desde aquella fecha se han producido naturales cambios en esta poesía: hoy se destacan más autores que entonces aparecían borrosos o indeterminados, mientras otros pierden interés; es menester contar con nuevos nombres, como Rafael Alcides Pérez (1933); y, a partir sobre todo de 1966 y de la aparición del mensuario *El Caimán Barbudo*, se hace visible una nueva generación, a la cual pertenecen poetas vinculados a aquella publicación, como Orlando Alomá (1942), Guillermo Rodríguez Rivera (1943), Víctor Casaús (1944), Luis Rogelio Noguerras (1944), y también figuras independientes, como Belkis Cuza Malé (1942), Nancy Morejón (1943), Pedro Pérez Sarduy (1943), Lina de Feria (1944). Miguel Barnet, el de la obra más hecha entre estos autores recientes, y David Fernández (1940), representan un engarce entre las dos generaciones: ésta de que se habla en las páginas que siguen, y la que empieza a manifestarse en los últimos tiempos.

Estoy tentado de sugerir al lector otros textos míos anteriores y posteriores en relación con el tema: "La poesía en los tiempos que corren", "Para presentar *Poesía joven de Cuba*", y "Poesía y Revolución", todos de 1959 (en *Papelería*, La Habana, 1962), y "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba", de 1966. El lector, por supuesto, dará a esa sugerencia la atención que le merezca. Con referencia no a trabajos críticos, sino a poemas, es aconsejable consultar la voluminosa antología bilingüe (y bivalva: un tomo es español-francés, y otro español-inglés) que de la *poesía cubana 1959-1966* compilaron Heberto Padilla y Luis Suardíaz para la Exposición de Montreal, y que editó el Instituto del Libro en 1967. La Unión de Escritores y Artistas de Cuba prepara una "antología consultada" de la poesía de esta "primera generación de la revolución".

Septiembre de 1967.

*pero yo puedo darme con los dos puños en el pecho  
feliz de esta Revolución que me da dientes  
aunque de todo soy culpable*  
Escardó.

Hace unos quince años, dimos a conocer nuestros primeros poemas algunos de los poetas cubanos aquí reunidos, integrantes de eso que, acaso a falta de término mejor, se llama una generación.<sup>1</sup> Como es costumbre extendida (y sin duda cómoda) nombrar las generaciones, el lector puede preguntarse cuál será el nombre de la nuestra. Si se quiere una fecha, creo que ella debía ser 1959; si se prefiere un acontecimiento, la Revolución Cubana, que llegó al poder entonces, cuando en general teníamos entre veinte y treinta años. (Así se habla en España, por ejemplo, de "la generación de 1927", momento en que Federico García Lorca tenía veintinueve años.) Es cierto que entre nosotros, como por otra parte es casi habitual, la poesía se anticipó a la narrativa y al teatro, y que incluso antes de 1955 pueden señalarse colecciones poéticas de algún interés; sin embargo, en general, las obras más representativas son posteriores a 1958 y, sobre todo, vinculadas a los acontecimientos de estos años. Pero volvamos atrás.

En 1950, la poesía de lengua española, al menos en Hispanoamérica, estaba señoreada por un poeta vivo, Pablo Neruda; y empezaba a serlo por uno muerto, César Vallejo. En Cuba, nuestro ámbito inmediato, los "nuevos" que nos habían antecedido, con excepciones como la del solitario Samuel Feijóo, eran los poetas reunidos en torno a la revista *Orígenes*,<sup>2</sup> que seis años atrás había fundado José Lezama Lima, y que duraría hasta 1956, longevidad excepcional para una publicación literaria nuestra. Algunos de nosotros colaboramos allí, y otros lo hicieron en la disidente *Ciclón* (1955-1959), más polémica y menos centrada en la poesía. Queriéndolo o no, solamente unos pocos estuvieron al margen de ambas, y entre ellos, desde luego, los aparecidos después de 1959, en que empezamos a tener nuestras propias publicaciones, como el suplemento *Lunes de Revolución* (1959-1961). Por aquellos años, salvo algunos intentos adolescentes de vida efímera, y la revista

---

<sup>1</sup> Quizás Miguel Barnet sea el más joven de nosotros, o quizás el mayor de otra generación: en este último caso, en él debe destacarse una poesía muy reciente, que irá encontrando su desarrollo propio.

<sup>2</sup> Los que aparecieron en la antología *Diez poetas cubanos*, realizada por Cintio Vitier en 1948: José Lezama Lima (1910), Virgilio Piñera (1912), Ángel Gaztelu (1914), Justo Rodríguez Santos (1914), Gastón Baquero (1916), Eliseo Diego (1920), Cintio Vitier (1921), Octavio Smith (1921), Fina García Marruz (1924), Lorenzo García Vega (1926). Hubiera podido añadirse a Oscar Hurtado (1919); y, cerca de Samuel Feijóo (1914), a Alcides Iznaga (1914) y Aldo Menéndez (1916).

*Nuestro Tiempo* (1951-1959), que sólo incidentalmente publicó poesía, no llegamos a contar con revista propia. Colaborábamos en las de poetas de más edad, a algunos de los cuales admirábamos (y admiramos) de veras, pero que tenían, necesariamente, otros problemas y otras metas que nosotros. A propósito de esto, y de lo que en otra parte he llamado la desparramada actitud de la generación, es conveniente recordar algunas cosas, citar algunas fechas, por conocidas que sean.

Cuando apenas empezábamos a publicar, tomó el poder por la fuerza en Cuba Fulgencio Batista, instaurando en 1952 una tiranía que iba a durar casi siete años. El 26 de julio de 1953, Fidel Castro atacó el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, e inició la lucha armada contra la dictadura, aunque de momento fracasó y fue encarcelado. Habiendo abandonado el país, regresó a fines de 1956 con ochenta y dos hombres, desembarcó en Oriente, se internó en las montañas de la Sierra Maestra, y comenzó a organizar la guerra de guerrillas. El pueblo lo secundó masivamente. El primero de enero de 1959, la revolución llegaba al poder.

En lo internacional, la sucesión de hechos no es menos dramática. En la década entre 1950 y 1960, el mundo vive el apogeo de la guerra fría y el macartismo y su eclipse paulatino después, la consolidación de la Revolución China, la muerte de Stalin, la victoria de Dien Bien Phu, el vigésimo congreso del PCUS y la denuncia del "culto a la personalidad", la toma del canal de Suez por Nasser, el primer *sputnik*, la guerra de Argelia. Lo de Cuba va a inscribirse perfectamente en este marco; es más: sólo tiene sentido dentro de él, internacionalizado. A la sombra del macartismo y de la guerra fría es como puede ser comprendido plenamente el golpe de estado de Batista, del mismo modo que la revolución ulterior adquiere su total resonancia dentro del vasto proceso de descolonización que afecta al llamado tercer mundo. En 1956, dos hechos lejanos en el espacio, y al parecer sin relación entre sí, iban a contribuir a cambiar la historia: la toma del canal de Suez; el desembarco de Fidel Castro. Decididamente, en lo adelante, lo que ocurra en Cuba, ocurre en el mundo. La marginación de los países subdesarrollados toca a su fin.

¿Cómo vivimos nosotros esos acontecimientos? No es necesario dramatizar patéticamente para comprender que esos años nos conmovieron; más: nos hicieron. Aunque no sabíamos entonces que se trataba de la entrada de Cuba en la historia mayor (eso lo sabíamos después), lo vivimos con toda la vida. Ahogados, además, por la situación, en una u otra forma fuimos conociendo el exilio. Nos esparcimos por la tierra. No teníamos revista porque no teníamos casa común. En los Estados Unidos, en la América Latina, en Francia, en España, vivimos muchos de estos años. También nosotros nos abrimos al mundo, aunque de un modo doloroso, y sin percibir del todo que lo hacíamos. Si los poetas de *Orígenes* se habían reconcentrado, encerrándose como en una concha, para pasar sus tiempos malos, nuestros tiempos malos nos echaron por el planeta. Es lógico que, mientras tanto, fuéramos conociendo otras literaturas, además de las de nuestra lengua. A ninguna generación cubana le ha sido dado ese destino: ir incorporándose al mundo, con esa avidez

que sólo un colonial experimenta, mientras su propio país arde en el fuego de lo que va a ser un nacimiento gigante a la historia.

A esta altura, el lector puede preguntarse qué relación necesaria guarda esto con la poesía. Y bien: tomemos el caso de uno de nosotros, que estaba en Cuba cuando Fidel Castro atacó el Moncada, en Inglaterra cuando Nasser se apoderó del canal de Suez, en Francia cuando se intensificó la guerra de Argelia, en los Estados Unidos cuando los soviéticos lanzaron el primer *sputnik*, en Cuba de nuevo, escribiendo para la prensa clandestina, cuando cayó Batista y Fidel Castro entró triunfante en La Habana. ¿Cómo ignorar que el peso de esas experiencias, y de la comprensión y alegría crecientes que ellas proporcionarían, tienen que haber sido, *para su poesía*, tan importantes al menos como el descubrimiento de Unamuno a los quince años, del surrealismo y *Residencia en la tierra* a los dieciséis, de Vallejo algo después, de Eliot cerca de los veinte? ¿Y quién espera, después de todo, que la poesía sea engendrada sólo por la poesía misma? Más bien parecería, a ratos, que la poesía es como un bello animal estéril. Cuando decimos que una tarea *viene de* la de Martí, Unamuno, Neruda, Vallejo, los surrealistas, Thomas o los *beatniks*, ya se sabe que lo que en verdad se dice es que realidades de carne y hueso (carne y huesos históricos) han permitido *ir* a esas poesías, entenderlas plenamente, *conocerlas* en ese magnífico sentido carnal de la Biblia: poseerlas. Lo cual nos lleva a la viejísima antinomia *poesía-vida*, que en un país subdesarrollado adquiere una violencia insospechada para un europeo. A nosotros nos ha sido dado, felizmente, contemplar esta antinomia a una luz del todo distinta. Y nunca se insistirá bastante en lo que representa este conflicto para un escritor de nuestras tierras.

Para un cubano, y presumiblemente para cualquier habitante de un país más o menos colonial, *la literatura*, es decir, la buena literatura, ha solido hablar, con raras excepciones, de animales y plantas que no conocíamos, de ciudades que eran otras, de historias que no eran la nuestra. Un estudiante de un país capitalista desarrollado sabe que lo que aprende en sus clases es *lo que se aprende*, lo que hay que saber para ser un hombre "culto". Nosotros debíamos aprender eso *más* nuestra pequeña historia local, atestada de nombres y fechas que luego, cuando salíamos al mundo, no sólo no interesaban a nadie, sino que era de mal gusto saberlos. Existiendo los aforismos de Pascal o de Nietzsche, ¿cómo leer los de José de la Luz y Caballero? Es como si hubiéramos tenido dos historias, dos geografías, dos faunas, dos floras, dos vidas: la que se vivía y la que se leía. *Allá* se escribían cosas; *aquí*, se escribían palabras. De ahí la tentación de inscribirse en una órbita cultural mayor: lo que, partiendo incluso de un país materialmente rico, hizo Henry James, y repitió Eliot, con referencia a Inglaterra. Pero nuestra lengua es el español, y la también subdesarrollada España no es Inglaterra, por no decir la suspirada Francia. (Incluso el *modernismo* hispanoamericano, con Rubén Darío, "el indio divino", a la cabeza, determina la literatura española a comienzos de siglo). Teníamos, por eso, escritores exiliados en el propio país, *insiliados*, desde el siglo XIX. Y si, rechazando esa falsa solución, queríamos

salir a pulso de ese estado intolerable, y empezábamos a hablar de nuestras cosas, ¿qué ocurría que el sonido de la página era tan distinto, que amenazaba con volvérsenos entre las manos pintoresco lo que debía ser, simplemente, versión de la inmediata realidad? También entonces trabajábamos para otra mirada: entonces se nos aplaudía nuestro folklore, nuestro primitivismo; entonces éramos telúricos. Tampoco entonces estábamos en la historia.

El escritor mayor del continente fue el que pudo expresar esto de manera más tajante. "No hay letras, que son expresión", dijo el cubano José Martí, "hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica. Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo". En otras palabras: el problema literario, estético, queda remitido a un problema previo, un problema ontológico, de ser, que sólo puede hallar solución por vía política. El momento en que esta situación hace crisis en las letras hispanoamericanas, y los mejores adquieren conciencia de ello, es el *modernismo*, tan insuficientemente visto, hasta ahora, por casi todos sus comentaristas. Muchos de nuestros escritores se ponen entonces "al día", renuncian a estar "atrasados". Al principio renuncian, también, a tener lo que había sido el sueño bolivariano: un tiempo propio. Es como si la *intelligentsia* burguesa de la América Latina pudiera resignarse mansamente a ir a rastras de lo que ocurriera en las nuevas metrópolis, aunque eso sí: estando "al día", es decir, repitiendo con poca diferencia de tiempo lo que se hiciera en otra parte. Pero ¿sería eso una literatura? ¿Sería eso *la* literatura? La respuesta de Martí es la negativa más rotunda. *No habrá literatura hispanoamericana hasta que no haya Hispanoamérica*. En lo adelante, con rarísimas excepciones, como Jorge Luis Borges, nuestros escritores representativos, y especialmente los vinculados a la *vanguardia*, entenderán esto, y lucharán porque haya Hispanoamérica. Pero los poetas, los escritores, no podemos transformar la realidad, "cambiar la vida", como pedía Rimbaud. Son otras fuerzas las que lo logran, y el mejor destino de la poesía es no permanecer ciega ante esas fuerzas. Y sobre todo no permanecer muda. Esas fuerzas están cambiando la realidad hispanoamericana, ya, en Cuba. Como consecuencia de ello, la revolución cubana, por vez primera en el continente, permite que una literatura nuestra sea expresión de una país que se está configurando con un destino mayor, propio. ¿Quiere ello decir que va a desaparecer en lo histórico la antinomia de marras? Sí: aunque no de la noche a la mañana. Nuestro destino ha sido, es, no sólo contemplar cómo se echaban las bases de esta magnífica tarea, sino contribuir a ella. En alguna medida, damos testimonio del ayer, del hoy y del mañana. Sólo que la mayor parte de nuestra vida está del lado de acá, y a este lado llevamos lo aprendido antes, incluso, por supuesto, el dolor.

También nosotros estábamos frente a un dilema tradicional que podríamos concretar en dos poetas hoy desaparecidos: Rolando Escardó y José A. Baragaño. Reconcentrarse, hundirse hasta perderse, parecía ser el destino del uno; y salir, abrirse, confundirse y despedazarse, el del otro. Tal era la disyuntiva planteada ante nosotros. Por

suerte, ambos vivieron para ver superados esos destinos. Uno perseguía la seguridad simbolizada en la familia, y otro el rechazo que practicaron con violencia los primeros surrealistas. Cuando iban a dar enteramente con lo suyo, amenazaba escapárseles, irsele de las manos: la seguridad era una caricatura, y era preferible dormir en un parque; el rechazo, un gesto literario, una moda europea más. Pero a ambos, dotados de evidente fuerza lírica, les fue dado, felizmente, ese orden de la aventura, esa construcción en lo inesperado, esa certidumbre del relámpago que es una revolución verdadera. Escardó murió en un accidente, a fines de 1960; y Baragaño, de enfermedad súbita, dos años después. Escardó vestía al morir el uniforme verde-olivo del Ejército Rebelde; y Baragaño había participado, como miliciano, en acciones guerreras en el Escambray y Playa Girón. Estaban en el centro de su pueblo, ellos que en 1959 habían regresado del exilio. Sus casos adquieren valor arquetípico, iluminados además por ese rayo de la muerte instantánea, que siega vidas en plenitud de posibilidades.

Una poesía que se derrame mansamente de un *a priori* podrá ser interesante, pero no será poesía. Se tratará, en todo caso, de los desarrollos de un postulado: labor especulativa más que poética sobre la que Antonio Machado ha sabido hablarnos, refutándola. Pero, al mismo tiempo, no es imposible concebir una poesía verdadera que no lleve implícito un *pensamiento*, en el sentido más amplio del término; o, si se quiere, que no vaya dando también, a su modo, razón de la vida, que no la vaya interpretando y expresando. Aunque no estamos en presencia de una órbita cumplida, sino, por el contrario, de un trabajo a mitad de camino -con la natural excepción del de esos compañeros tempranamente desaparecidos-, podemos percibir ya no poco de ese pensamiento, de esa interpretación.

Esta poesía partió de los rescoldos de la esperanza (conocida en plenitud por la generación de los mayores, la de Nicolás Guillén, que estuvo vinculada a la revolución al cabo fallida de los años treinta), y experimentó pronto la oscuridad que expresaban los poetas de *Orígenes*, hasta que se encontró, joven todavía, con la grandeza humana de la historia. Su aventura personal se confundió con la del país; su historia, con la Historia.

Lezama ha podido decir que él se había propuesto hacer que la imagen encarnara en la historia. A tal extremo habíamos llegado. Pero ese extremo no carecía de grandeza. Allí donde la historia *parece* ininteligible, caótica y perdida sin remedio, cierta poesía pretende configurarla (mientras que otra, la llamada poesía *pura*, había aspirado a desconocerla). La imposibilidad de esta meta, sin embargo, es fácilmente predecible. Es la historia la que configura a la poesía, y no al revés: lo cual es hoy un simple lugar común. Incluso aquella poesía reacia, sibilina a ratos, era hija de su tiempo: hija espantada de serlo, pero que en su propio espanto y su propia repugnancia daba fe de esa triste filiación. El brusco cambio del tiempo va a explicarnos el cambio de la poesía; sin que podamos limitarnos a ver mecánicos reflejos en lo que implica experiencias, búsquedas y hallazgos personales.

Bastaría con comparar los títulos de aquella generación con los de ésta para verificar ese cambio. De *Enemigo rumor* (1941), *Extrañeza de estar* (1945), *Las miradas perdidas* (1951), *Por los extraños pueblos* (1958), hemos pasado a *Vuelta de la antigua esperanza* (1959), *Himno a las milicias* (1961), *Por esta libertad* (1962), *El justo tiempo humano* (1962), *Libro de los héroes* (1964). Pero es, desde luego, más que cuestión de títulos. De la oscuridad hemos pasado a la abertura; de la nostalgia, a la esperanza; de la extrañeza, a la certidumbre. Ya se ve que no hablo sólo, ni especialmente, de términos literarios. Abertura, esperanza y certidumbre aluden a la situación concreta en que la historia nos ha puesto. Son términos que indistintamente se refieren a esa situación y a la poesía que la expresa. Oscuridad, nostalgia y extrañeza, ¿no se corresponden también con un tiempo y una poesía de ayer?

Lo demás es comprensible fácilmente: el tono conversacional y directo, que en algunos existía ya antes de 1959, como varias de estas notas; el interés por lo histórico, la inmediatez jubilosa o dramática, el sentido vital, la renuncia no sólo a la exquisitez, sino también a los supuestos poderes encantatorios del poema. La poesía se ciñe complacida al aquí y ahora. Lo que no debe interpretarse en el sentido de que hoy se limite a hablar de la revolución. Digamos que lo hace *desde* la revolución. Por supuesto que hay que insistir en la diversidad de esta poesía. No sólo porque ella expresa circunstancias sucesivas bien distintas -desarraigo, toma de conciencia, exaltación de una realidad nueva-, sino también porque los autores representan varias actitudes. No es extraño que estas actitudes se vayan abriendo y separando con los años. Algunas quizás quedarán mirando hacia atrás, hechas estatuas de sal que el viento dispersará; pero las mejores permanecerán con la cara contra la mañana, y nos dirán todavía muchas cosas.

Esto nos lleva a abordar algo que ha provocado numerosas polémicas en estos años: se trata de la relación entre la literatura, y el arte en general, y la revolución. Creo que he insistido bastante en la forma en que esta poesía acerca su expresión verbal a su tiempo histórico. Se trata, por tanto, de la poesía de la revolución cubana. Pero esta revolución nuestra, aunque profundamente original y genuina, no puede prescindir de experiencias previas, positivas y negativas. Entre estas últimas, en el orden cultural, son conocidos los errores del periodo llamado del culto a la personalidad, en el mundo socialista. Se trataba del resultado de una estrechez dogmática, de un pretense arte de cartabón que era la contrapartida estética de otros graves errores. Todo eso es pasado irreversible. Sería absurdo aceptar que pueda tener el menor peso sobre nuestra poesía. En todo caso, se trata de una aleccionadora experiencia. Variedad, riqueza, voluntad real de servicio, rechazo absoluto de los clisés, mirada hacia todas partes son caracteres, también, de esta poesía que no tiene el menor interés en cerrarse sobre cualquier dogma o localismo. Cuba está ahora, más que nunca antes, *en el mundo*, y así su poesía. Vivimos las revoluciones social, intelectual y estética de nuestros años. Esas revoluciones no son ya, para nadie, una novedad. El *Manifiesto comunista* hace tiempo que cumplió cien años, y pronto tendrá cincuenta el



primer estado socialista del mundo. En otro orden, el psicoanálisis es viejo como el siglo, e incluso la novedosa cibernética anda cerca de sus veinte. Para no decir nada del cubismo, con casi sesenta años, y hasta del surrealismo, con cuarenta. Nuestros años son pues muchos años. Son un tiempo de muerte y de nacimiento en que es menester, como siempre, separar la una del otro; pero en algunos aspectos ello se ha revelado tarea más difícil de lo que a primera vista pudiera parecer. Por lo pronto, en el orden estético, hoy se ve claro que ha sido un error considerable el rechazar, supuestamente a nombre de la revolución, gran parte del arte contemporáneo, bajo la apresurada acusación de decadente. Para comprender la magnitud del error, nos basta con tener frente a nosotros, como en efecto tenemos, las obras de esos revolucionarios totales que son Pablo Picasso, Vladimiro Mayacovski, Bertolt Brecht, César Vallejo, Pablo Neruda, Atila Josef, Nazim Jikmet.

Por otra parte, sería tonto pensar que la revolución ha resuelto los problemas de la poesía cubana. Por el contrario, ha hecho posible una poesía históricamente más real y, en consecuencia, más problemática. Una poesía que pueda contar con el mundo sin sospecharse mero calco; y que pueda volverse profundamente sobre los hechos del país, sin asumir aires de museo de artes folklóricas. Una poesía, en fin, que respire con ritmo propio y verdadero, como respira nuestro pueblo todo, por vez primera. Sabemos que detrás de nosotros hay una tradición que reverdece y explica no poco del presente; pero sabemos también que tenemos, para decirlo con las palabras de Fidel Castro, "el derecho a empezar".

Julio de 1964.